

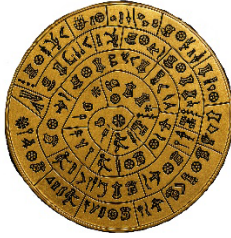
Las palabras olvidadas

© 2026 Clara Guerrero

Todos los derechos reservados. R.T. PROPIEDAD
INTELECTUAL Expediente: 20-RTPI-10154.7/2025
Alta RTPI- N Sol. M-009479/2025

Ninguna parte de esta publicación podrá ser
reproducida, almacenada o transmitida por ningún
medio sin autorización previa y por escrito del autor,
salvo las excepciones previstas por la ley.

Primera edición: 2026
Publicado a través de Amazon Kindle Direct
Publishing.



Clara Guerrero

Las palabras olvidadas

Prólogo

El cementerio se encuentra en una colina de Escombreras sin camino asfaltado, de modo que el navegador del coche los lleva hasta la vía de paso inferior, que se encuentra cerrada. Al no poder acceder en vehículo, se apean de él e intentan entrar bordeando el monte, pero tras varias caídas y la dificultad de avanzar por los matorrales espinosos, desisten. El tiempo hasta la hora establecida para el intercambio se les agota y proyectan otra manera de pasar. Hacen una prueba por la zona posterior a la refinería de petróleo, desde un aparcamiento para los camiones cisterna. Tras encaramarse a unas vallas bamboleantes, por fin se adentran por un empinado sendero que zigzaguea por la pendiente. Las zarzas cubren los muretes y la entrada en ruinas del camposanto, fechado en 1877. La reja corroída por el tiempo, con una hoja entreabierta y la otra cerrada, apenas conserva unas letras ilegibles en lo alto. Es el preludio de la estampa desconsoladora que les espera más allá.

En ese ambiente tan desolador sienten un escalofrío recorrerles la piel al franquear la puerta de hierro oxidado. Los matorrales retorcidos profanan lápidas abiertas, nichos derruidos y cruces desperdigadas por el terreno. Como la maleza es tan espesa, no pueden evitar pasar por encima de los hoyos de antiguas tumbas que los familiares decidieron dejar ahí o que simplemente quedaron relegados al olvido. En ese preciso minuto y en ese lugar como telón de fondo, la chica recuerda las palabras exactas con las que él le convenció para venir a España: *Mujer, qué podría ir mal*. Nunca sabremos si lo dijo pensando en sí, o en el mundo, pero nuestra historia en el primer caso y la Historia como la conocemos en el segundo, se estaban ocupando de quitarle la razón.

Oyen dos disparos consecutivos e instintivamente se agachan. Piensan que van dirigidos a ellos y por ese motivo se esconden entre la maraña vegetal que les cubre hasta los hombros. Pasan junto a un panteón que debió ser el osario y se dirigen a la iglesia, el punto convenido, sin más vacilación. Veinte metros más adelante descubren de espaldas al gigante que les había estado persiguiendo en los días anteriores, con una pistola en la mano. A sus pies, dos abultadas bolsas de viaje a un lado y al otro...dos muertos. A quemarropa. A sangre fría.

Cuando el coloso se gira al oír sus pisadas, está incluso más sorprendido que ellos por su presencia allí, así que el muchacho aprovecha su indecisión, corre hacia él y forcejea para quitarle el revólver.

En la refriega, el joven no tiene mucho que hacer frente a aquel monstruo musculado y de un solo manotazo, la mole le catapulta contra un muro de la ermita. Aprovechando que está entretenido con su compañero, ella lo escala y se sienta a horcajadas en sus hombros, intentando bloquearle la respiración. El tipo se ahoga por unos segundos y sólo puede emitir sonidos guturales, pero realiza dos sacudidas con su cuerpo y termina haciéndola desmontar. Pero ella no se rinde y en su afán de reducirlo, hay un disparo perdido.

Transcripción anotada del documental noticiero del Ejército Nacional. Sobre los sucesos del frente de Cartagena del 7 de marzo de 1939.

«[Música dramática] [Imágenes de políticos] Cartagena vive más de tres años bajo la opresión de un gobierno de inspiración comunista. Allí no llegan aún las voces que de Burgos denuncian al mundo una era de crímenes y torturas cometidas por el gobierno rojo. Suenan, sin embargo, otras voces en Cartagena, las de la insidia. [Música melancólica] [Imágenes de puerto y barcos] En sus aguas, en un acto de valor y deber, el buque Castillo de Olite ha sufrido un trágico destino. Más de mil valientes soldados, enviados para restaurar el orden en la ciudad rebelde, han entregado su vida por España. Hacemos nuestras sus vidas y las de aquellos que han sufrido la tortura del frío intensísimo del mar permaneciendo horas sin ser rescatados. Y este hecho luctuoso, no ha sido obra de incontrolados, ni de partidas de criminales independientes, esta tumba final de nuestros héroes ha sido respaldada por la autoridad del Consejo de Defensa republicano. [Música dramática] Marineros caídos: que Dios os dé descanso eterno y lo niegue a los criminales que os han asesinado.»

Transcripción anotada del documental noticiero del Ejército Republicano. Sobre los sucesos del frente de Cartagena del 7 de marzo de 1939.

«[Música dramática] [Imágenes de políticos] Camaradas, Madrid sigue en manos republicanas, pero ya no bajo el gobierno de Negrín. Como os venimos

contando desde el pasado domingo 5, tras el levantamiento del coronel Casado el control ha pasado a su Consejo Nacional de Defensa donde ha colocado a todos sus amiguitos republicanos, socialistas, anarcosindicalistas...a todos excepto al Partido Comunista. Aquí, en el frente del centro, no tenemos buenas noticias: pretenden negociar el fin de la guerra con los facinerosos. [Música triunfal] [Imágenes de guerra y de fábricas de armamento] Sin embargo, gracias a vosotros y vosotras, hombres y mujeres anónimas, que desde el comienzo de las hostilidades habéis cumplido con vuestro deber abnegado y habéis tomado parte activa en la guerra, en el frente del Sureste las fuerzas leales a la República han repelido un intento desesperado del enemigo por tomar la base naval de Cartagena. Hoy ocupáis en la retaguardia los puestos que han dejado vacantes nuestros heroicos combatientes y en esas fábricas es donde, sin descanso, se forjan las armas de los que defienden la libertad de nuestro pueblo, al mismo tiempo que la del mundo, como la de los proyectiles que han impactado hoy en el buque Castillo de Olite, enviado sin aviso ni comunicación y que ha sido hundido por nuestras defensas. [Música dramática] Esta tragedia es responsabilidad de quienes, en su afán de imponer la dictadura, sacrifican vidas sin escrúpulo. La lucha continúa por la libertad y la justicia. Salud y república, camaradas.»

A bordo del *Rutilante*, en la bocana del puerto de Cartagena, julio de 2000

—Coy, ya te lo dije, los barcos no son malos —confesó de repente el Piloto—. Son los que lo llevan quienes los fastidian...y en este caso los que estaban fuera.

Me contaba cómo en 1951, en plena vorágine de la venta de chatarra sumergida, el Estado español, propietario del “Castillo de Olite”, lo vendió a un empresario bilbaíno para recuperar todo el metal posible de lo que habían sido sus 3.545 toneladas.

—Yo no tenía ni 20 añicos, estaba harto de sacar botijas al otro lado de la bahía, pero aquella era la primera vez que bajaba con botella. Me costó lo mío, no te creas, pero claro eran 24 metros hasta el pecio.

La empresa contratista había hecho una variada mezcla entre antiguos militares con nociones de salvamento marítimo, civiles con experiencia en desguace de barcos, trabajadores locales de la siderurgia y algún especialista en explosivos traído desde Bilbao. En esa amalgama, también jóvenes con muchos pulmones y pocas pesetas, como el Piloto.

—Hacíamos turnos del tirón, primero colocando la dinamita en el lecho del mar para convertir el barco en chatarra y luego recogiendo para su envío a reciclado.

Me contaba aun emocionado que, tras cada explosión, centenares de cadáveres salían a flote, arrancados de su tumba marina.

—Mi jefe nos contó que partes de los cuerpos eran enterradas por las noches en algún cementerio de Cartagena, pero yo en eso no estuve metido y, además, no nos permitían siquiera hablar entre nosotros.

Durante días, los buzos colocaron cargas explosivas hasta que ya no quedó nada más que extraer, ni cadáveres, ni metal.

—Nos sacábamos también unos durillos con lo poco aprovechable que dejaban las bombas.

Chatarra menor, alguna cosa del barco, pertenencias de los soldados. En la hambrienta España del estraperlo, cualquier objeto era válido para complementar el salario.

—De hecho, no sé cómo pude sin que me pillaran, sacar una cajita metálica. En tierra me costó abrirla y cuando lo conseguí, comprobé que tenía un doble fondo, que contenía a su vez un papel muy extraño que la caja totalmente estanca había salvaguardado del mar. A mí me pareció una tontada con dibujitos y garabatos. Estuvo dando tumbos por casa unos buenos años, hasta que se la llevó un sobrino, uno de mis grumetillos, junto a uno de mis cofres. ¿Te lo puedes creer? Siempre dice que le ha traído mala suerte.

Templo de Alidath, Mastia¹, junio de 227 a.C.

Comenzó su canto difónico con el salmo de la primera piedra, en la vieja lengua de sus ancestros, que ya apenas nadie entendía y solo ella leía: *A, ijereja aedo...*

¹ Actual Cartagena en la época prerromana.

“Podría uno vivir en su soledad toda la vida. Sí, claro que podría. Aun así tendría que buscarse a alguien que le echara la tierra después de muerto aunque podría cavar su propia sepultura.”

—James Joyce, *Ulises*

Valladolid, miércoles 27 de marzo de 2019

Rodrigo no quería dar clases. Ni tampoco ir a eventos. Sólo quería estar solo. Llevaba tres años poniendo como excusa que requería de tiempo de calidad para trabajar en su proyecto, aunque la verdad —la verdad real— era que, cuando se sentaba frente al escritorio, las ideas se le escurrían.

Desde que le habían concedido el Premio Internacional de la Unesco, todo el mundo académico le presionaba. Y en un principio solo el académico, para con el tiempo, tras una aparición en televisión en un programa de gran audiencia y por su aspecto encantador, volverse absolutamente popular para el público general. Esperaban con ansia la resolución al enigma de las lenguas íberas —sin tener ni la más remota idea de qué lenguas eran— y no paraban de invitarle a eventos, congresos o charlas que la mitad de la gente ni entendía. Por otra parte, ninguna de estas cosas le aportaba valor económico, ni su labor de profesor a tiempo parcial en la Universidad de Murcia, ni de investigador asociado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) como experto en lenguas paleohispánicas. Por ello, se vio obligado a dar clases a

chicos de instituto, e incluso en esto andaba justo, pues de momento sólo tenía una alumna.

Quería estar solo. Pero ya se había negado a demasiadas invitaciones anteriores, había agotado el cupo de negativas y no pudo utilizar una más para soslayar la asistencia a la inauguración del Congreso Internacional de la Asociación Española de Lingüística Aplicada.

Su mentor, su amigo y su segundo padre, el doctor en Geografía e Historia Rafael “Chevo” Santos le había convencido días atrás de que tenía que aceptar mientras desayunaba una tostada con tomate...y limón.

—Cómo estás con el limón, lo pediste incluso en aquel restaurante suizo de montaña cuando fuimos al evento de Ginebra, tomando la *fondue*.

—Es que *tos* esos quesos a mí sin limón no me pasaban —renegó Chevo con sus característicos plurales de esos aspiradas.

—Igual que mi padre que embadurna todo en aceite.

—Hombre Rodriguico, aceite hay que echar, eso está claro.

—Pero no para pasar la revisión de tu viejo Chevrolet.

Se echó a reír. Tenía un sentido del humor afilado y un acento murciano, y huertano, del que se sentía orgulloso. A pesar de haber viajado, vivido y hablado más idiomas que nadie, no lo abandonaba. Sostenía que así pronunciaban los antiguos contestanos y ningún especialista tenía nada irrefutable para rebatirlo.

—Todos (y especialmente todas) desfallecen por ti, tendrás que hacer un poco de *casico*. ¿Has visto el último meme que me enseñó una alumna? Sale

tu imagen de la entrevista y encima “Si fueras una lengua muerta, yo te resucitaría” —Chevo casi se atragantaba de la risa.

Era tan respetado por sus alumnos, entre los que se contó Rodrigo, como irreverente era él con la autoridad. Sin embargo, en esta ocasión, le miró fijamente a los ojos y continuó ahora serio, sin dejarle escapatoria.

—La cosa es que eres nuestro niño prodigio y que tienes que ir, yo también les daría sopas con honda, pero estamos *pelaos* de presupuesto, y más recortes que dicen van a venir, necesitamos publicidad *pa'* la causa.

La universidad había dicho que era publicidad necesaria, que con la crisis, aunque ya nadie entendía de cuál crisis exactamente se hablaba, todos sufrían la restricción financiera. Las jornadas ni siquiera tenían que ver con su especialidad en lenguas íberas, pero el caso es que allí estaba, sin sospechar que once días después terminaría luchando por su vida en un cementerio abandonado de Cartagena. Allí estaba, no solo como asistente, sino como quien hacía la apertura de la convención.

Ubicado en una zona céntrica y bien comunicada de Valladolid, el Palacio de Congresos Conde Ansúrez era un edificio de elementos renacentistas y barrocos, precedido de un jardín. Su salón de actos principal era un espacio con una peculiar forma abuhardillada triangular en el techo y ofrecía capacidad para 600 plazas, por lo que el resto de los más de 700 lingüistas, periodistas o simples curiosos que habían acudido se agolpaban de pie en los laterales y en la parte trasera, formando un murmullo expectante.

Eran las 9:30. El presidente de la Asociación Española de Lingüística Aplicada subió al escenario. Su voz, pausada y solemne, resonó en el auditorio:

—Buenos días a todas y todos. Es un honor para mí darles la bienvenida a este XXXVII Congreso Internacional de la AESLA, con gran éxito de asistencia este año por lo que compruebo. Hoy, en este edificio que simboliza el diálogo entre ciencia y sociedad, nos reunimos para compartir conocimiento, pasión y descubrimientos. Y para abrir esta reunión, tenemos el privilegio de contar con una figura que trasciende disciplinas: lingüista, investigador, filólogo y divulgador... nos quedamos sin sustantivos para definirle. Ganador del Premio de la Unesco 2019 por su contribución a la preservación de lenguas desaparecidas y el Linguapax Internacional 2018, en favor de la preservación de la diversidad lingüística. Con solo 30 años, está a punto de revolucionar nuestro entendimiento de las lenguas íberas, que busca una nueva visión de la cultura europea y sacar a la lingüística de la encrucijada en la que se encontraba desde hace medio siglo. Con ustedes, el doctor Rodrigo Escudero Ardil.

Hubo un estruendo de aplausos mientras se acercó al micrófono. Lo miró, después al público que seguía con su ovación, y de nuevo, al micrófono. Entre los asistentes, comenzaron los primeros cuchicheos. Algunos se inclinaban hacia sus compañeros, otros se miraban con curiosidad. Pero continuó hipnotizado ante el dispositivo de audio...sin palabras.

El rumor fue creciendo, al principio sin escándalo. En segundo plano se oía el zumbido de las cámaras grabando y algunas toses. Entonces ocurrió. Le sobrevino una punzada de vértigo. El auditorio entero le miraba. Clavado en el suelo, la tarima era lo único que lo mantenía en pie. Lo acababa de comprender: no tenía nada que decir.

Comenzaron las risas nerviosas entre los numerosos congregados a la apertura, que ahora interpretaban su mutismo como parte del espectáculo. El susurro era creciente, una ola que se preparaba para romper.

Cayó definitivamente presa del pánico y...

...Se agachó tras el atril.

No por cobardía, sino por instinto. Como cuando era bebé y jugaba a esconderse tapándose los ojos. Fue la representación del último acto de su declive humano y académico.

La sala estalló en carcajadas. Alguien aplaudió. Casi todos hicieron vídeos.

Y entonces, ante la nueva sorpresa general, salió corriendo.

Aprovechó la confusión saliendo por la parte lateral de la plataforma, con pasos rápidos pero torpes y, en su fuga, recortó a una azafata que intentó atajarle con una sonrisa protocolaria.

Recordó que el paraninfo donde se encontraba estaba en la segunda planta, así que bajó las escaleras hacia la primera y tomó una puerta cualquiera con la que se topó. Esquivó a varias personas que charlaban en corrillos. Atravesó un pasillo que parecía más largo que cuando entró. Había numerosas puertas y eran todas iguales. Probó una: sala vacía. La descartó. Se coló en la siguiente: otra sala, pero con personas esta vez. También la descartó. Por fin, la última puerta que escogió al final conducía hacia el exterior, no tendría más que haber consultado el letrero de salida.

Descendió, emulando a Dante, por los círculos del infierno.

Giró a la izquierda, luego a la derecha, luego volvió sobre sus pasos. Al fin alcanzó el aparcamiento situado junto al patio ajardinado.

Pero había olvidado dónde dejó su automóvil. Sacó el mando del bolsillo, lo agitó en el aire, pulsó el botón. Nada. No oía ningún pitido, ni veía ningún

parpadeo. Tropezó con una papelera. Luego, con la cabeza, contra una rama del parque.

Finalmente, lo vio. En la zona más alejada, en una esquina donde no recordaba haberlo aparcado. Escuchó, lejanos, los primeros “¡Doctor Escudero por favor!”.

Llegó al coche. Eran las 9:40. Y por primera vez en mucho tiempo, respiró.

Simplemente, respiró.